ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

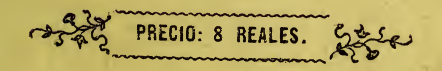
POR EL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÈ MARIA DE VIVANCOS.

(OBRA PÓSTUMA.)



MADRID.
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

Establecimiento Tipográfico de Manuel Oliver Navarro,
Duque de la Victoria, núm. 7.

POR EL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

JOSÉ MARIA DE VIVANCOS.

(OBRA PÓSTUMA.)

MÁLAGA.
LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE J. G. TABOADELA.
Molina-Lario, número 1.
1873.

PERSONAJES.

Doña Maria Pacheco.
Pedro, hijo suyo, de catorce años y de
Don Juan de Padilla.
Juan Bravo.
Francisco Maldonado.
Don Antonio de Acuña, obispo de Zamora.
El Conde de Haro, general del emperador Cárlos V.
Un Oficial de las tropas reales.
Millan, oficial del partido de los comuneros.
Un Artesano, de Valladolid.
Un Labrador.
Hombre 1.º
Hombre 2.º
Una mujer, del pueblo.
Fortun. } Soldados comuneros.
Garcês. }

Un Carcelero.

Religiosos, pueblo, soldados y oficiales que no hablan.

La accion pasa en el año 1521 de nuestra era: el primer acto, en Valladolid: el segundo, en el campamento de D. Juan de Padilla, cerca de Villalar: y el tercero, en una prision del mismo pueblo.

Los editores propietarios de esta obra, de la cual concibieron el pensamiento y se lo comunicaron al poeta José Maria Vivancos, para que lo escribiera, han tenido guardado muchos años el original, por que la libertad de su impresion no la podian autorizar los gobiernos pasados: hoy que ha llegado otra época de regeneracion política, la dan á luz y la dedican al *Pueblo Español*.

Hijos de J. G. Taboadela.

ACTO PRIMERO.

Salon de la época, con balcon á la derecha: puerta á la izquierda y en el foro: en el centro de la escena una gran panoplia.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN DE PADILLA, DOÑA MARÍA y PEDRO.

PAD. Caras prendas de mi alma,
volved, volved á mis brazos,
que esto solo recompensa
mi amargura y mis trabajos!
PEDRO. Padre!
MARÍA. Esposo!
PAD. En vuestra ausencia
me ha sido el tiempo tan largo,
que ni los graves negocios,
ni de la pátria el cuidado,
distrajeron un instante
el puro afecto acendrado
que dentro del corazon
constantemente os consagro.
MARÍA. Y yo temblando por tí
escondida en mi palacio,
un dia tras otro dia
llamé al esposo adorado,
que la pátria separó
de mi amoroso regazo.

PEDRO. Que allí en Toledo los dos
la quietud buscando en vano,
era el vivir un martirio:
si quiere potente el hado
de la guerra en los horrores
y en los combates lanzarnos,
á su sangrienta cuchilla
nuestros pechos opongamos,
y que la misma sentencia
que decreten los tiranos,
cercene de un golpe solo
en un lance desgraciado,
la cerviz del tierno padre
y del hijo idolatrado;
que es preferible morir
con heroismo luchando
que arrastrar con la existencia
la vil cadena de esclavo.

MARÍA. ¡Hijo del alma! bien dice
tu noble esfuerzo bizarro,
que eres hijo de Padilla
el adalid toledano.

PAD. Sí, María: pero muere
el arrojo de mi brazo;
que es superior para mi
esfuerzo tan sobrehumano,
al ver que amaga la hoz
de tan fresca flor el tallo. (Por su hijo)
Se quebranta mi constancia
al ver el riesgo cercano,
pues que mas y mas acrecen
del pobre pueblo los daños.
Multiplica sus falanges
el traidor conde de Haro,
y ya avanza con presteza
poniendo á fuego y à saco
las campiñas, y ciudades
de este suelo castellano,
despojo y víctima triste
de los flamencos avaros.
Há dos años que el pendon
los comuneros alzaron,

despues que en súplica humilde
y por su celo guiados,
demandaron del monarca
lo que, fueros sacrósantos
conceden sin restricciones
y con su sangre compraron:
su queja fué desoida
y nuevos impuestos bárbaros
acrecieron la miseria,
para duplicar el fausto
que ostentan con insolente
altivez los cortesanos.
Càrceles, persecuciones,
deportaciones, cadalsos...
Este es el premio que obtuvo;
este el bien que conquistaron.

PEDRO. Por eso la causa es justa;
por eso es el grito santo,
y no ayudarà el Eterno
al servil bando contrario.
Libertad; libertad claman
unidos nuestros hermanos:
por ella Dios espiró
su doctrina predicando,
y tuvo su ilustre cuna
en la cumbre del Calvario.

PAD. Bien, hijo, bien; yo te admiro:
vuelve, vuelve entre mis brazos
y recoje aquestas lágrimas
que me arranca el entusiasmo!

MARIA. ¡Hijo mio!

PEDRO. ¡Madre amada!

MARIA. Eres mi orgullo; me jacto
de verte pensar cual piensan
los varones mas preclaros.
Lucha y vence, ó muere un dia
con arrojo temerario:
Conquista tu libertad
vertiendo de sangre lagos;
que si en el mundo hay cadenas
en el Cielo no hay esclavos!

PAD. ¡Maria! Tu no comprendes

que vacilo y me acobardo
al ver abierto el abismo
por cuyos bordes avanzo.
Hoy ámplio perdon ofrece
el jefe de los contrarios,
á cuantos dejen las armas
y las pongan en sus manos.
Tal vez la semilla cunda,
y pocos, desamparados,
sin dinero, sin recursos,
preseas tal vez seamos
del vencedor, que en su orgullo
no hallará ningun reparo
en mandar nuestras cabezas
por presente al soberano.

MARIA. ¿Tienes miedo? (Indignada.)

PAD. Miedo, no:
pero soy padre... y te amo. (Abrazándolos.)

MARIA. Entonces?

PAD. Entonces... (Dudando.)

MARIA. ¿Dudas?
Un pensamiento villano
acude a tu mente ahora
que tiembla decir tu labio!
Habla! (Con imperio.)

PAD. Pues bueno, Maria;
si de ese indulto me amparo,
podré á tu lado vivir
y morir á vuestro lado!

PEDRO. ¡Padre! ¡Señor! (Con estrañeza.)

MARIA ¿Y es Padilla
el noble, fuerte y osado,
el que propone con mengua
humillarse ante un tirano?
¿Eres tú, que alzaste el grito.
á la lucha convocando,
al jóven, al viejo, al niño,
á cualquiera ciudadano
que contuviera en su pecho
de los héroes que pasaron
el arrojo distintivo
de los Cides y los Carpios?

¿Eres tù, Juan de Padilla,
el que mil padres quitando
de su hogar y de sus hijos
àl campo los has sacado,
para abandonarlos luego
en manos de los sicarios?
¿Eres tú quien diste el ser
al hijo mio? Negarlo
debes, Juan, en el momento
pues pretendes mancillarlo.
¡Hijo de un cobarde! Nó:
Si tal supiera, mis manos
ahogàran en su niñez
ese porvenir aciago
que encontrar debe en el mundo
quien es de vergüenza el blanco.
Nó, no puede ser, y quiero
por él y por tí olvidarlo:
Si mueres, yo lloraré
en silencio, y devorando
mi pesar, pediré al Cielo
que al concederte descanso,
sirva tu muerte de ejemplo;
de bandera tu sudario;
pues mas bien te quiero muerto
que viviendo deshonrado.

PEDRO. Sí, padre mio; es verdad:
morid cual muere un soldado,
seguro que sin venganza
no quedará vuestro agravio:
que en el pecho de este niño
habla vuestro honor tan alto,
que por él y por mi pátria
hará lo que hacer no es dado
al que si tiene osadía
carece de fuerza y años.
Mas que en cualquiera ocasion,
pueda alzar sin embarazo
mi acento, para decir
al mundo desafiando,
soy el hijo de un valiente;
de un leal; de un hombre honrado.

PAD. Pues bueno, si lo quereis
yo dígno seré de entrambos:
y si en la lucha me falta
el arrojo necesario,
si vacíla mi constancia
ó si sucumbe mi ánimo,
recordaré con ardor
la leccion que me habeis dado;
y mi valor crecerá;
y será mi espada un rayo
que hienda, rompa y divida
cuanto se oponga á mi paso,
hasta clavar mi bandera
sobre el torreon mas alto,
con voz estentórea y firme
á los libres animando,
á morir con noble arrojo
la libertad conquistando.
MARIA. Ese es tu deber, Padilla,
y es el deber muy sagrado.
PAD. Bien Maria: hora pensemos
en aliviar el cansancio
que tan violenta jornada
en los dos habrá causado.
Pasad adentro, y allí (A la izquierda.)
procurad vuestro descanso,
que yo velo por vosotros,
de mi amor objetos caros!
MARIA. Adios!
PAD. Adios, hijo mio!
PEDRO. Bendecidme! (Queriendo arrodillarse)
PAD. Entre mis brazos.

ESCENA II.

PADILLA solo.

Para morir ó vencer
la pátria sus hijos llama;
un sacrificio reclama
y no puedo desistir.
Siempre en mi pecho constante,

vá á todas partes conmigo
y si mi afan no consigo
es necesario morir.
¡Morir! ¿Y las prendas caras
que son de mi amór el fruto,
tambien han de ser tributo
de aquella suprema ley?
Sí, Padilla: mal tu grado
no olvides en tu dolor,
que primero que tu amor
es el amor de tu grey!
Hoy tu suerte ó tu destino
tus propios afectos sella:
antes que ellos, éslo ella,
aunque el decirlo te asombre:
y has de acallar en tu alma
con grito fuerte y severo,
ante el deber del guerrero
tus afecciones de hombre!—
¿Mas tendrá mi voluntad
tanta fuerza en la pelea?
Ante tan siniestra idea
vacila mi corazon.
¡Mi tierna esposa! mi hijo!
Este recuerdo me exalta
y de improviso me falta
la energía y la razon!!...
¡Alumbra, señor, el caos;
hable la voz de tu ciencia,
y dicte tu omnipotencia
lo que justo mas te cuadre.
Pero no olvides, mi Dios,
que, de la pátria á despecho,
tambien albergo en mi pecho
un corazon ¡Que soy padre!

ESCENA III.

PADILLA y el OBISPO.

Obispo Guárdete Dios, el caudillo!
Pad. El nos conserve al prelado.

OBISPO He sabido que ha llegado
tu esposa.
PAD. Dejó el castillo
que habita junto á Toledo
y viene para sufrir
los riesgos, y compartir
nuestros peligros: el miedo
que abate pequeños séres,
su corazon no domina:
no es la primera heroina
que ennobleció à las mugeres.
OBISPO Es Pacheco, y es tu esposa;
mas puede en tal ocasion
vacilar tu corazon.
PAD. Anciano, mi fé reposa
segura, pues yo lo quiero:
su presencia no embaraza,
que es mi pecho una coraza
y mi corazon de acero.
Estoy tranquilo: lo vés?
no me intimida la muerte;
la mia será su suerte
y moriremos los tres.
OBISPO. ¿Los tres?
PAD. Los tres: acompaña
haciendo el mal mas prolijo,
á mi esposa el tierno hijo!
OBISPO ¡Tu hijo!
PAD. Por qué te estraña?
Su noble sangre no abate
la espada que airada vibre:
asi aprenderá á ser libre
y à vencer en el combate.
OBISPO Con razon en tí confia
el pueblo que á si te llama.
PAD. ¿Qúé dices?
OBISPO Que te proclaman
los pueblos en este dia:
de un estremo al otro estremo
cunde la feraz semilla,
y España nombra à Padilla
como su gefe supremo.

PAD. ¿Cuando rompe con valor
de esclavitud la cadena,
quiere nombrarse sin pena
otro nuevo dictador?
Jamás lo consentiré,
por más que altivo alborote:
los reyes son un azote,
y yo jamàs lo seré.
¿Dios al hombre dió derecho
bajo de cualquiera nombre,
para formar de otro hombre
un esclavo en su provecho?
El pez en la inmensidad,
la fiera en el bosque umbrio,
el pájaro en el vacio,
todos tienen libertad!
¿Y si tal ventura al cabo
por herencia han recibido,
si ellos libres han nacido.
el hombre ha de ser esclavo?
Mas dejemos esto á un lado
y lo que sepais, decid;
què ocurre en Valladolid?
venís, Acuña afectádo.
OBISPO. Verdad es, y triste nueva
es la que vais á escuchar.
PAD. Qué?
OBISPO. Se acaban de pasar
Giron y Laso.
PAD. La prueba!
OBISPO. No son muchos los Padillas
los Brabos y Maldonados!! ..
de labriegos disfrazados
se fueron á Tordesillas.
Mirad, y no esteis perplejo,
las pruebas que lo relatan..
PAD. ¿Qué dice el pliego?
OBISPO. Que tratan
de daros un buen consejo.
Que á la junta abandoneis,
que pongais fin á la guerra,
que os volvais á vuestra tierra

ó que á su campo os paseis!

PAD. Mal conocen á Padilla,
ó Laso se ha vuelto loco,
y teniéndome en tan poco
tiene en menos á Castilla.
¿Acaso por que mi espada
empañe su brillo claro,
tener pudiera el de Haro
la partida ya ganada?
Suceder no puede, nó,
é imposible es conseguirlo;
porque son para rendirlo
todos mas dignos que yo.
Busque pues, á quien convenza,
su apóstata falsedad,
que yo no quiero en verdad
de su infamia la vergüenza.—
¿Qué más, Acuña?

OBISPO. Que ya
el edicto se halla puesto,
en que se exijeel impuesto,
y para cobrarlo, está
señalado un plazo breve:
mas al notar la tardanza,
con la punta de la lanza
acuchillan á la plebe.
Esta, elevando su voz,
el combatir ya no elude,
y llena de enojo acude
hácia las armas veloz.
De nuestro plazo anticipa
el cumplimiento, y desea
que se encienda la pelea:
en todos se participa
el afan de batallar,
y hombres, niños y mujeres
sin consultar pareceres
quieren la lucha empezar.

PAD. ¡Pobre pueblo! no resiste
á tu voz mi corazon!
Basta ya de indecision:
la justicia que te asiste

y tu infando doble yugo,
me llaman con heroismo
aun apesar de mi mismo
á combatir tu verdugo.
Marchemos.

ESCENA IV.

DICHOS, MALDONADO, BRAVO.

MALD. Juan de Padilla;
la soldadesca insolente
con corazon inclemente
á todo el pueblo acuchilla.
BRAVO. Como lobo carnicero,
llena de infernal enojo,
do quiera busca despojo
tiñendo en sangre el acero.
MALD. Ni aun las canas venerables
guardan la blanca cabeza.
BRAVO. Y roban con impureza
los templos los miserables.
OBISPO. Señor! Señor! de tu mano
un rayo los aniquile,
y tu piedad no vacile
en confundir al tirano!
PAD. ¿Y es esa la justa ley
que justifica y abarca
la grandeza del monarca
y el patrocinio del rey?
Amigos; que el nuevo sol
irradie con luz de gloria,
y demos con la victoria
libertad al español.
Pronto á la plaza... (Van á salir.)

ESCENA V.

DICHOS y una MUJER del pueblo.

MUJER. Piedad!
Piedad! Amparo! Me siguen!

Los soldados me persiguen!
favor. . favor!... (Yendo á arrodillarse ante el obispo)

OBISPO. Pero...

PAD. Hablad.

MUJER. Ya están aquí... no escuchais?
me mataràn... defendedme...
por compasion, protegedme! (Yendo de uno á otros.)

OBISPO. Mas quién sois?

PAD. Porqué temblais?

MUJER. Señor! han muerto mi hijo... (Llorando.)
Sin piedad le asesinaron.
Los insulté... me pegaron...
mi acerbo dolor prolijo....
no pude callar... lo amaba....
Vos señor, que sereis padre,
comprendereis de una madre
el dolor que me aquejaba!...

PAD. Por eso solo?...—Traidores!...

MUGER Ya llegan, si!.. (Mirando al foro)

BRAVO. Reponeos!

MUGER Aquí están ya!
(Escondiéndose entre Bravo y Maldonado.)

PAD. Deteneos,
cuadrilla de salteadores!
Qué buscais?

ESCENA VI.

DICHOS, un OFICIAL y soldados.

OFICIAL. A esa muger...

PAD. Qué os ha hecho?

OFICIAL. Que ha insultado
á los leales....

PAD. Que han dado
muerte à su hijo!

OFICIAL. Y hacer
eso mismo me propongo
con ella.

PAD. Con ella?.. No.

OFICIAL Quien va á estorbármelo?

PAD. Yo,
que al vil intento me opongo.
Digna prez! Bravo heroismo
propio solo de un cobarde!
Haced de la infamia alarde,
secuaces del despotismo!

OFICIAL Me insultais?

PAD. Por cuanto precio
à la Flandes os vendísteis?
¿Y vos español nacísteis?
Salid, salid: os desprecio!

OFICIAL Vive Dios!

BRAVO. Tu hora es llegada
si insistes mas!

OFICIAL. No me voy
sin llevarme....

MALD. ¡Por quien soy!
Infame!... *(Sacando la espada.)*

PAD. Dejad la espada. *(Conteniéndole.)*
Salid de aqui con presteza;
pues aunque no son iguales
comuneros y reales,
arriesgais vuestra cabeza.
Y decid al que os preside
y ordena matar mugeres,
que el poder de los poderes
solo én el pueblo reside.
Que tema de desbordar
la impetuosa corriente,
y creciendo de repente
como el caudaloso mar,
arrolle con fiero encono
y en muestra de su grandeza,
con la soberbia nobleza
los pedestales del trono. *(Voces fuera.)*
¿Lo oís? ¿Lo oís como clama?
Vá de la victoria en pos:
la voz del pueblo es de Dios;
su llama, celeste llama.
Salid, que pueden llegar.

OFICIAL Me alejo, pues, y el mandato

cumplo: pero el desacato
no quedará sin vengar. (Vase y los soldados.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos los SOLDADOS.

BRAVO. Permitidnos que al alcance
salgamos!

PAD. No lo permito:
la prudencia necesito
mas que el valor en el lance.
Vos partid, y el gran dolor
que vuestra existencia abruma,
alivie esta corta suma.

MUJER. Dios os lo premie, señor! (Vase.)

PAD. Pero acrece el griterío,
¿no sabremos lo que pasa?

MALD. A la puerta de esta casa (Mirando por la ventana.)
un numeroso gentío
se agolpa.

PAD. ¿Quien lo acaudilla?

MALD. Nadie las turbas dirije.

PAD. Que pide el pueblo, que exije?
Preguntad.

VOCES DENTRO. ¡Viva Padilla! .

OBISPO En unída aclamacion
á tu nombre victorean!

VOCES DENTRO. ¡Viva el general!

PAD. Que sean
abiertas sin dilacion
las puertas de par en par,
no decaiga su ardimiento
que es preciso en tal momento
su entusiasmo aprovechar.

MALD. Y ya en sus robustas manos
el morado pendon brilla!

UNA VOZ Viva D. Juan de Padilla!

BRAVO. Viva el pueblo, ciudadanos!

ESCENA VIII.

Los dichos, UN ARTESANO, UN LABRADOR, HOMBRE 1.° y 2.°, pueblo y soldados.

PAD. ¿Què buscais? ¿qué quereis? ¿Porqué las voces
en tumulto y tropel al viento dando,
arrollais de la ley el santo fuero
el acero esgrimiendo vuestras manos?
Las armas que el monarca os concediera
para apoyo y sosten de nuestro Estado,
cual fuerte torreon que a los infieles
abata en su poder y corte el paso,
habreis de convertir con vil desdoro
en azote cruel del propio hermano?
no peca el que obedece de sus dueños
el precepto fatal: no es el soldado
causa primera del pesar que aflige
por donde quiera al pueblo castellano.
De más alto la culpa, hasta vosotros
desciende con rigor, sin atajarlo
la súplica ferviente que se eleva
á otra region que penetrar no es dado:
pero asi, solo asi, mostrar os toca
la razon y el derecho: mas no alzando
el sangriento pendon de los combates
que anuncia a España destruccion y estrago
Deponed el furor y con cordura
humildes implorad al soberano.

HOM. 1.° ¡Ah Señor! Con súplicas dolientes
una vez y otra vez lo demandamos,
y sordos á las quejas sus oidos
impuestos y exacciones nos echaron.
Todo lo absorve la avaricia impía.
de los hombres astutos que han logrado
hacer un patrimonio de los pueblos
empobrecidos yá y aniquilados.

HOM. 2.° Hoy mismo con horror en las esquinas
un inícuo cartel nos han fijado
en que mandan, con pena de la vida
que en el estricto perentorio plazo
de tres dias no más, quede el impuesto

en poder de las arcas del Erario:
no podemos pagar; nuestras familias
de pan carecen; y si el grito alzamos
demandando piedad, nos acuchillan
lo mismo al jóven, que al caduco anciano.

ARTES. Mi taller, mi herramienta, mis vestidos,
todo, todo señor, me lo han robado,
y desde hoy à contar, mis pobres hijos
qué porvenir tendrán?... miseria y llanto!
habrán de mendigar: tan triste cuadro
yo no puedo sufrir; y pues me enseñan,
de asesino puñal mi brazo armado,
con sangre compraré lo que me quitan
y harán un malhechor de un hombre honrado.

LABRA. ¿Y si tal acontece en las ciudades,
os podeis calcular, que será el campo?
Arrasadas las mieses, los graneros
las granjas y cortijos incendiados;
los árboles y frutos destruidos;
las reses muertas, para darle pasto
á esas legiones que cual otro Atila
acaudilla el cruel conde de Haro.
Todo, todo, señor, víctima ha sido;
y aquel que con sudor, tras largos años,
pudo apartar de sí la atroz miseria,
hoy mendiga su pan: hoy es esclavo.

HOM. 1.º ¿Y tantas impiedades cometidas
no merecen por fin que nos unamos
y alzando el grito de venganza y guerra
derramemos la sangre del contrario?
Ya no queremos mas sufrir cadenas:
igual es el magnate que el vasallo;
y si aquellos nos quitan tal derecho
vida por vida, y en la lid muramos.

PAD. Y bien, qué me quereis? Hablad, ya escucho.

ARTES. Que nos lleveis al enemigo bando.

LABRA. Que seais nuestro gefe en la pelea.

HOM. 2.º Que al pueblo acaudilleis.

HOM. 1.º Sí, vamos, vamos.

ARTES. Vuestras virtudes que conoce el pueblo
tan invicto lugar os conquistaron:
Toledo presenció vuestras hazañas;

fuisteis valiente allí: con vos al lado
tambien nosotros pelear podremos
ó morir con honor; pronto, salgamos.

PAD. Aguardad... aguardád... ¿no comprendeis
que es el riesgo mayor, mayor el daño,
si oponemos á huestes aguerridas
un confuso tropel desordenado?
Todos morir sabreis; ya lo comprendo:
pero á morir tan solo no marchamos:
marchamos á vencer y para ello
tiempo es preciso y caminar despacio.
Vuestra ira guardad, crezca en el pecho
hasta hallar la ocasion: pero entre tanto
aprended á lidiar en los combates;
vuestros gefes nombrad, y sed soldados.

HOM. 1.º No es posible esperar: además de esto,
el soldado se forma batallando;
frente á frente, señor, del enemigo,
la cabeza sois vos, y nuestro el brazo.
Por cada un hombre que de aquellos muera
de los leales moriremos cuatro;
pero aquel que quedare con la vida
será libre y feliz, no siendo esclavo.

PAD. Yo no puedo admitir el cargo horrible
de veros perecer por mi mandato,
quitando à vuestros hijos el apoyo
que el cielo en su piedad les ha otorgado.

HOM 1.º Y desdeñais asi de nuestras huestes
el cargo de caudillo, siendo ingrato
al amor de los libres que os aclaman?

MARIA. No lo desdeña, no; que admite el cargo.

ESCENA IX.

Los dichos, y doña MARIA.

Y si él vacilàra ó no admitiera
su nombre y su linage desdorando,
yo misma al frente del guerrero pueblo
saliera á combatir con fuerte brazo,
que para empresas en que Dios ayuda,
os basta una mujer: yó sola basto.

¿Qué os importan las huestes aguerridas,
qué esas legiones que siembran el espanto,
si son cobardes, y á sus hechos viles
el justo cielo les negó el amparo?
¿Pequeño fué David, cuando al gigante
la cerviz derribó desde tan alto?
¿Pequeña fué Judit, cuando á Hololernes
verdugo asolador de sus hermanos
la cabeza cortó con noble arrojo
y al pueblo presentó dentro del saco?
Como nosotros ellos, por la pátria
y en el favor de Dios siempre escudados,
emprendieron hazañas qué hoy reviven
con nueva brillantes, con nuevos lauros.
Esta tu espada es, Juan de Padilla; (Sacando la espada de la panoplia y presentandola por la cruz.)
jura y juremos sin hallar descanso,
guerra sin fin á infames opresores;
por pàtria y libertad morir luchando.

TODOS. Sí... Sí!!...

PAD. Lo juro, pues infunde al alma
tu acento, esposa, tan sublime encanto,
que juzgo descendió desde los cielos
para hacer revivir á mi entusiasmo.
Sobre el símbolo santo que venera
el pueblo del señor, puesta la mano
en esta cruz, que el redentor del hombre
allende ennobleció sobre el Calvario,
donde vertida su preciosa sangre
de salvacion la luz brillára al cabo,
juro morir en la defensa augusta
de todos los derechos sacrosantos
que el pueblo conquistó con sus virtudes
en los siglos heróicos que pasaron.
Y si tal juramento quebrantase,
que Dios castigue mi perjurio insano,
y arrastrando mi cuerpo con deshonra
maldito baje hasta el profundo antro.

MARIA. Que Dios te juzgue si faltar pudieres.

PAD Caballeros é ilustres ciudadanos: (Tomando la espada de manos de doña Maria y tendiéndola en alto: los demás

sacan las suyas y apoyándolas sobre la de Padilla, hacen el juramento.)

¿Jurais morir en la defensa propia
renovando los votos que mi labio
por fórmula dictó, con entereza,
por la pátria y la ley?

TODOS. Sí, lo juramos!

PAD. Pues al romper su luz la nueva aurora
todos en la campiña congregados,
mi planta propia os llevarà al combate
y ayude Dios vuestro denuedo osado!

PUEBLO Gloria á Padilla y à su augusta esposa!

PAD. Gloria tan solo á Dios: obedezcamos
su omnímodo poder, y en tierra humildes
elevad vuestra voz, Obispo santo. (Todos doblan la rodilla formando un gran círculo, el Obispo en pié y en el centro.)

OBISPO. ¡Señor! ¡Señor! que en la invisible altura
tras la cortina azul del limpio Cielo
mirais de nuestras penas la amargura
y de tan gran dolor el justo duelo;
dá constancia y valor á la bravura
de los hijos que pueblan este suelo,
para lidiar en la campaña fiera,
esclavos de su honor y su bandera.
Justa la causa es; santo el objeto,
y en su pendon, Señor, llevan escrito
signo de su piedad y su respeto,
tu santo nombre, por do quier bendito.
Rompe el lazo, mi Dios, con que hoy sujeto
nos tiene el opresor bando maldito,
y haz que alcance el valor con noble saña,
la libertad de la guerrera España!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una gran llanura rodeada de montañas: en lontananza y por cima de las últimas colinas, el pueblo de Villalar: una gran tienda de campaña cuadrada y abierta al público, ocupa la mitad de la izquierda del escenario: esta tienda tiene su entrada por el costado que mira á los bastidores de la derecha: Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

FORTUN y GARCÉS, paseando fuera de la tienda, guardando cada cual su puesto.

FORTUN. Vive Dios que es triste cosa
pasar la noche al sereno
aguantando con paciencia
las escarchas y los hielos.
GARCÉS. Mala es la guerra, Fortun;
pero es mas mala en invierno:
y juro por mi bandera
que del bando comunero
mas de una vez he pensado
desertar del campamento.
FORTUN. Cobarde!
GARCÉS. No es cobardía
pues jamás conocí el miedo:
es que van pasando dias,
y nada consigue el tiempo
mas que agotar en las huestes

el escaso sufrimiento.
Hace el soldado fatiga
faltándole el alimento
y descubiertas sus carnes
por treinta y cinco agujeros:
hable sinó mi ropilla
que á voces lo está diciendo.

FORTUN. Es verdad; y mas valía
habernos estado quietos,
y no salir á campaña
sin armas y sin dinero;
pues poco puede el valor
sin otros emolumentos.
Dés que á Lobaton tomamos,
á presentarse no ha vuelto
ninguna nueva ocasion
en que, merced al saqueo
nuestros exhaustos bolsillos
pudieran sentir el peso
de aquel precioso metal
que tanto echamos de menos.

GARCÉS. Pues no olvides, buen Fortun,
que amagó nuestro pescuezo
la heróica accion de tomarlo
sin licencia de sus dueños.

FORTUN. Los jefes, siempre son jefes,
y de todos el mas bueno,
como de nada escasean
son con nosotros severos.

GARCÉS. Perdona que te conteste
que no es verdad, compañero;
porque si son egoistas,
con Padilla no habla eso.
Bien sabes que su fortuna
con el soldado partiendo,
nada queda del caudal
que heredó de sus abuelos.
Trabaja mas que nosotros
sin dar descanso á su cuerpo,
y come de nuestro rancho
cual si fuera un jornalero.
Qué mas quieres exigir?

Si el hado se muestra adverso,
si los demás de la España
olvidan su juramento,
si hay traidores que se pasan
su honor manchando de cieno,
les podràs echar en rostro
los delitos que no ha hecho,
los reveses de fortuna
y las maldades de aquellos?

FORTUN. Està bien: mas á qué ha sido,
cuando estàbamos tan quietos,
arrancarnos de la villa?

GARCÈS. No es tan dificil el cuento
para adivinar el fin
que el general se ha propuesto.
Avanzando vá el de Haro,
y hàcia nosotros el grueso
de las tropas que acaudilla
dirije con noble aliento,
para poner de una vez
fin à los grandes sucesos
que de dos años acá
esta presenciando el reino.
En Lobaton encerrados
no era bastante el denuedo,
no digo para vencer;
sino para defendernos:
sin muros, sin barbacanas,
reductos ni parapetos,
hubièramos perecido
todos, todos, sin remedio.
Es verdad que somos muchos
y que en número tenemos
ventajas sobre el contrario;
pero tambien es muy cierto
que á escepcion de los soldados
que con nosotros se unieron
cuando allà en Valladolid
el estandarte soberbio
alzamos de rebelion
de nuestras tropas el resto,
es populacho no mas

sin armas y sin gobierno,
que mas estorba en campaña
que dá á los demás provecho.
Por eso vamos á Toro,
plaza fuerte, segun creo,
y allí....

FORTUN. Lo mismo que aquí
humillados nos veremos.
En fin, pues asi lo quiso
la justicia de los Cielos,
paciencia y à barajar:
resignacion y callemos.

GARCÉS. Siento gente.

FORTUN. Si, se acercan.

GARCÉS. A tu puesto.

FORTUN. A nuestro puesto.

ESCENA II.

Dichos, PADILLA y MALDONADO: el primero figura dar al paño algunas órdenes.

PAD. Que se coloque un vigía
en la cumbre mas cercana,
y prevenga, en divisando
poco ó mucha gente armada.
Que se vigilen los puestos
y se prevengan las armas,
mantenièndose las tropas
en el órden de batalla.
Que nadie del campamento
sin órden espresa salga,
y aun èsta no se obedezca
si no la llevan firmada.
Que se recojan las tiendas
para ponernos en marcha;
y en fin, què todo esté pronto
para cualquier circunstancia,
que tal vez por no prevista
pueda producir alarma.
Tú conmigo, Maldonado,

ven, porque el pecho descansa
cuando la tierna amistad
comparte las tristes ánsias.

MALD. Que nuevo pesar, Padilla,
así te enerva, y acaba
con tu aliento no vencido,
y ante el peligro desmayas?

PAD. La duda, la incertidumbre,
el temor que sobresalta
á mi pobre corazon,
al ver nuestra pobre causa
por cobardes y traidores,
ó vendida ó detractada.
Siembra astuto el enemigo
en las filas la cizaña,
y el dolo, la mala fé
nos dividen y acobardan.
Premios ofrece y perdon;
prodiga el oro y las gracias,
y amenguan nuestras falanges
al ver la muerte cercana.
Cuando los daños presiento,
¿cómo quieres que mi alma
pueda ver el porvenir
con quietud y confianza?

MALD. Acaso un mal que no existe
para atormentarte labras,
y abierto vés el abismo
y en èl hundida tu planta.
muchos somos todavía;
arrojo á ninguno falta,
y nadie olvida tampoco
que nos mira toda España.
Justo y santo es el derecho
y gloria tal vez nos guarda
ese porvenir oscuro
que en vano en pintar te afanas.
Mas, si morir es la suerte
de los bravos que comandas,
morirán sin vacilar
de libertad en las áras.
Demos al mundo un ejemplo;

y si cubiertos de infamia
subimos sobre el cadalso,
tal vez nuestra sangre caiga
sobre los fieros verdúgos,
que en su despótica saña
no nos podrán arrancar
de los màrtires la palma,
ni en los siglos que vinieren
de nuestros hechos la fama.
Libre Numancia se alzó,
y libre cayó Numancia.

PAD. No es el temor de la muerte
lo que á mi espíritu espanta:
vuelve los ojos y mira
la dulce prenda adorada
á quien dejo en abandono
en el abril de su infancia.
Mi Pedro, mi tierno hijo,
en el que acaso la rabia
de los viles opresores
descargue la inícua espada,
es el que mueve en mi pecho
el huracan que ya estalla.

MALD. Bien comprendo tu amargura;
pero aun está muy lejana
la realidad de ese sueño
que tu existencia desgasta.
Los misterios del destino
son para todos un arca,
para Dios tan solo abierta;
mas para el hombre cerrada.
A nadie es dado leer
la mas minima palabra;
y el que demente ó sacrilego
pretenda descerrajarla,
cegará para no ver
las predicciones que guarda.
Tènlo presente, Padilla,
y en Dios espera y descansa!

PAD. ¡Descansar! Lo necesito:
pero la hora es llegada
que el jefe de los contrarios

en su pliego designaba.
MALD. Yo velaré, y á su arribo...
podré avisarte.
PAD. Estas trazas
me repugnan, Maldonado,
por denigrantes y bajas:
pues si sospecha el ejèrcito
de esta entrevista, con causa
puede pensar que le vende
el general que lo manda.
MALD. Y qué puede desear
el de Haro?
PAD. Cosa es llana;
vencer sin aventurar
sus huestes en la campaña,
y que de Laso y Giron
sigamos la misma pauta.
MALD. Y que vas á responder?
PAD. Tu duda solo me infama:
no volver atrás ni un punto,
aunque viese levantada
y dispuesta para herirme
de los verdugos el hacha.
MALD. Opino del mismo modo,
Padilla: impávido aguarda
mi corazon la segur
que debe herir mi garganta
si cayèsemos vencidos
víctima de la desgracia:
pero cobarde dejar
la bandera tremolada,
nunca lo hará Maldonado
aun cuando solo lidiara.
Mas corre el tiempo veloz
y Bravo y Acuña tardan.
PAD. Su detencion no comprendo,
y estoy cuidadoso...
MALD. Basta
de incertidumbres: saldré,
si lo quieres, de avanzada,
y puede ser que averigüe...
PAD. Es lo mejor; pero... ¡Calla! (Suena dentro un clarin.)

¿que significa ese toque?

MALD. Lo ignoro.

PAD. De què dimana?
sal y pregunta, Francisco,
y vuelve sin mas tardanza! (Vase.)

ESCENA III.

PADILLA solo, despues de una pausa.

¿Por qué tiemblas corazon?
¿de tí mismo no eres dueño,
ó te asusta de aquel sueño
la siniestra prediccion?
Sí, que en vano la razon
su imágen quiere borrar:
aún me parece escuchar
por mi delirio llevado
el ¡ay! que exhala el cuitado
à quien van á ajusticiar.
Si este es mi sino, señor,
y es aquel sueño verdad,
acoja vuestra bondad
á las prendas de mi amor.
No les negueis el valor
para arrostrar en tal hora,
la imágen desgarradora
de un suplicio con su afrenta,
y haced que el huérfano sienta
vuestra mano protectora.
De libertad en el nombre
moriste sobre el Calvario:
tu sangre tiñó el sudario
para volvérsela al hombre.
Hoy, señor, (y no te asombre
que te imite en mi delírio,)
que como se agosta el lirio
vá á agostarse mi existencia,
haz que suba á tu presencia
con la palma del martirio!

ESCENA IV.

PADILLA y doña **MARIA**, que ha salido momentos antes, para escuchar los últimos cuatro versos.

MARIA. ¡Muy bien, Padilla, muy bien!
PAD. ¡Maria! (Confuso.)
MARÍA. Lo escuché todo! (Atajándole.)
¿Se conjura de ese modo
de la fortuna el vaiven?
¿Si así tu valor se abate,
si asi desmaya tu brío,
quien llevará amigo mio,
tus legiones al combate?
Oh! me parece imposible!
Tú vacilar en tu empeño
por las fantasmas de un sueño!
PAD. Un sueño, sí, pero horrible.
Por que tú ignoras, Maria,
el fin de aquella vision,
que amagaba con traicion
al hijo del alma mia!
MARIA. Cómo? (Sobresaltada).
PAD. La tengo presente.....
Yo vide un tajo... un verdugo,...
que ataba con doble yugo
las manos al inocente.
Yo ví su rostro sereno
buscàndome en el gentio,
(Preocupándose mas y mas, como si estuviera viéndolo.)
esclamando... «Padre mio.....
«voy á morir como bueno.»
Y entonces el vil sayon
dijo en tanto que él se humilla:
«hijo de Juan de Padilla,
demanda al cielo perdon.»
Y á los rojizos destellos
de las teas que alumbraban,
ví que de un golpe cortaban
sus rubicundos cabellos.—
«¿Qué vá á pasar?»—Pregunté.

«Verdugo! sujeta el brazo!!. .»—
Y luego sonó un hachazo
y tinto en sangre me hallé!—
«Hijo del alma...»—Gritó
mi dolor fiero y prolijo.—
«¿Tu hijo?... mira á tu hijo.»—
El verdugo respondió.

MARÍA. Ay de mi! (Horrorizada.)

PAD. Del mismo modo
esclamé yo con rudeza,
al ver rodar la cabeza
desde el cadalso hasta el lodo.

MARÍA. Por Dios Padilla!... no así
atormentes tu memoria
con esa soñada historia:
reflexiona; vuelve en tí,
y de tu mente descarga
ese peso que la ostiga.

PAD. Es verdad.

MARIA. Vé que te obliga
tu fé, y el honor te embarga:
que aun al borde del abismo
debes tener no olvidado,
que en el puesto á que has llegado
no te debes á tí mismo.

PAD. ¿Y dónde está la razon
de precepto tan severo,
que demande de un guerrero
arrancarse el corazon?
En la pátria siempre fijo
su pensamiento ha de estar:
¿mas deberále inmolar
la existencia de su hijo?
Si á mi voz responde el mundo,
dirá con noble interés...
«el hijo primero es,
«y la pátria lo segundo »

MARIA. Esa es la ley del amor
que el padre al hijo profesa.
Pero, Padilla, no es esa
tambien la ley del honor.
Mas alto que aquel deber

alza la voz el postrero:
y quien nació caballero
la tiene que obedecer.
El deber mandó à Abrahan
sacrificar sobre el ara,
de su amor la prenda cara
mal acallando su afan.
Por no pasar por perjuro
Alonso Perez el Bueno
echó con rostro sereno
su cuchillo desde el muro.
Aquel en deber de Dios
y este de pátria en deber,
no dudaron en hacer
un sacrificio los dos.
Imita su fortaleza
aun de tí propio á despecho,
y esconde bien en el pecho
tu imperdonable flaqueza.

PAD. El és mi bien mas preciado;
es mi ilusion, mi placer.....

MARIA. Yo soy su madre, y el ser,
Juan de Padilla, le ha dado.

PAD. ¿Qué, si le falta mi amor
le quedará en su horfandad?
¿Pobreza y oscuridad
y vergüenza y deshonor?
¿Arrastrar la vil cadena
que quiso romper su padre?

MARIA. Para quererlo, su madre:
para guardarlo, una hiena.
Con mi pecho varonil
un muro le fabricara:
¿quién el hijo le quitara
á la fiera en su cubil?

VOZ DE PEDRO. Madre!

MARIA. Su voz!

PAD. Vé á buscarle.—
Ni una palabra! (Deteniéndola.)

MARIA. Escusado!
Ámole yo demasiado
para querer humillarle. (Vase.)

ESCENA V.

PADILLA.

Tu noble aliento, Maria,
dá á mi espíritu vigor,
devolviéndome el valor
que á veces siento estinguir.
Yo pisaré por tu huella,
seguirè por tu camino,
y arrostraré mi destino
aunque me lleve á morir.
No es que ignore ni que olvide
la fuerza de mi deber;
es que es preciso tener
de diamante el corazon.
Y apesar de la corteza
con que cubro sus dobleces,
se prosterna algunas veces
de padre á la condicion.—
Alguien llega.... Si será.....
él es; habla Maldonado!

ESCENA VI.

PADILLA y MALDONADO.

¿Qué sucede?

MALD. Que ha llegado
Juan de Bravo al campamento;
el obispo le acompaña
y los dos sin mas tardar
se acercan á este lugar
à saludarte al momento.

PAD. Y sabes si sus noticias
son favorables?

MALD. No sé;
ni una palabra escuché
ni pretendí averiguar:
Pues aunque amigos los dos,
la amistad se queda á un lado
entre el gefe y el soldado,

y à ti te toca mandar.
Ya están aquí: de su boca
sabrás razones mas ciertas;
pero preciso es que adviertas
que el tiempo veloz se vá.
No olvides, pues, que el de Haro
ha de venir, y la hora
es al rayar de la aurora,
y que amaneciendo está.

ESCENA VII.

Dichos, ACUÑA y BRAVO.

OBISPO Guárdete Dios, Juan Padilla.
PAD. El os guarde, caballeros:
con afan os esperaba,
pues tuve no poco miedo
de que acaso el enemigo
os hiciese prisioneros.—
Qué noticias adquirísteis?
BRAVO. Que el contrario campamento
dista una legua no más
de la avanzada del nuestro.
En buen órden de batalla
vimos desfilar su ejército
que no llega á diez mil hombres,
y todos soldados nuevos.
En los jefes hay arrojo;
en las tropas ardimiento,
y quieren probar sin duda
de la batalla el suceso.
OBISPO. Todo en el campo indicaba
estar cercano el momento
de salir á marchas dobles,
sin duda á tomar los cerros
que cercan esta llanura,
únicos desfiladeros
que hácia el camino de Toro
nos pueden llevar sin riesgo;
Y en este caso... (dudando.)
PAD. Acabad.

OBISPO. Que adelantaremos creo
la intencion al enemigo,
y puestos en marcha luego...

PAD. Acuña, no puede ser:
sabeis que una cita tengo
con el de Haro aquí mismo.

BRAVO. Desconfio del proyecto
y no sé porque me causa
esa entrevista recelo.

PAD. No la otorgué, sin pediros
vuestro parecer primero.

OBISPO. Es verdad; mas hora hay pruebas
para pensar con derecho,
que tal vez una traicion....

PAD. Estando alertas, no hay riesgo;
además, un hombre solo ...

BRAVO. Pero entre tanto que quietos
estamos sobre las armas,
dán sus banderas al viento
las huestes del enemigo;
y á sangre llevando y fuego
cuanto à su paso se oponga,
andará el escaso trecho
que nos separa de èl,
y entónces....

PAD. Abatiremos (con orgullo)
de su orgullo la arrogancia
ó en la liza moriremos.
Basta ya, que esto ha de ser,
y ni un punto más recejo.
Si marchamos ahora mismo
creerá que vamos huyendo;
y no está bien demostrar
en leales comuneros
que blasonan de tener
su existencia en poco precio,
el temor que en los semblantes
de todos, pintado veo.

BRAVO. Eso nó! Cuerpo de Cristo!
¿Temer yo? Voto al infierno!

OBISPO. Todos han dado mil pruebas...

MALD. No, Padilla; yo no tiemblo,

pues sabes que nunca he sido
en la lid de los postreros:
hablo por todos... por todos:
de mí mismo no me acuerdo!

PAD. Pues calma; resignacion!
¡Quién sabe! Tal vez hallemos
mejor la ocasion asi
para lidiar con acierto,
ó cimentar para siempre
la paz que apetece el reino. *(Clarin dentro.)*

OBISPO Esa señal...?

MALD. Ya está ahí.

PAD. Salgamos pues; caballeros,
no olvideis que el de Haro está
del honor bajo los fueros,
y es sagrada su persona
mientra estè en el campamento.

(Salen todos de la tienda y al llegar á los últimos bastidores de la derecha, salen por el mismo, el de Haro, Millan y soldados comuneros: el primero embozado.)

ESCENA VIII.

Los Dichos, el de HARO, MILLAN y guardias.

MILLAN. Encubierto, señor, à la avanzada
este hombre llegó: y al demandarle
la razon que á este sitio le traia,
un seguro mostró que vuestro trae.
Negóse el nombre á dar, y le acompaño
por si fuera un traidor que á los reales
sirviera con intentos temerarios,
sinó de sorprenderlos, de espiarles.

PAD. Gracias, Millan: tu proceder alabo:
mas me consta quien és y esto te baste:
Cada cual á su puesto se retire
y en mi fé descansad; solo dejadme.

Vànse Millan y los soldados derecha arriba: Maldonado retira los dos centinelas de las puertas de la tienda y se marcha con Bravo y Acuña, tambien por la derecha.)

Señor conde, venid, y aqui en mi tienda,
sin que indigno temor os sobresalte,
vuestro intento, que ignoro todavia,

podreis cual caballero confiarme.
HARO. El honor invocando que os distingue,
os vengo á proponer, sin que se achaque
à cobarde temor esta propuesta,
terminar de una vez, de tantos males
como acosan á España por do quiera,
la semilla fatal: los pátrios lares
el retorno reclaman de sus hijos,
que en descompuesto son, forman falanges,
que marchan á morir incautamente
sus vidas inmolando en el combate.
Clama la esposa por el tierno esposo;
el hijo busca con afan al padre,
y el eco del sepulcro les responde
«no volverán jamás»: la antorcha arde
de la civil discordia, y se arruinan
á su llama voraz, de las ciudades
los sácros templos, los antiguos muros
rindiendo al vencedor triste homenaje.
El cadalso levanta su cabeza,
y aquí y allí se miran centenares
de víctimas, que mueren maldiciendo
la aberracion que su castigo atrae.
PAD. Y quién en tal conflicto ha colocado
á esta pobre nacion? ¿Quién de la sangre
que à torrentes se vierte sin descanso
ante Dios ha de ser el responsable?
¿Quién de su alveo las pujantes olas
del iracundo mar, hace lanzarse?
Aquellos que han formado un patrimonio
de los que siendo en condicion iguales,
han tenido mas fuerza ó mas astucia
para imponerles la coyunda infame!
Esos tiranos que en la tierra habitan,
cuya historia nos cuentan los anales,
nutridos con la leche de las fieras
que en los desiertos de la Libia nacen.
HARO. No nos cumple, Padilla detenernos
en el orígen que los males traen;
decreto fuè de Dios quizà el principio,
y á la alteza de Dios no ha osado nadie.
Atendamos no màs á los horrores

que á nuestra pátria empobrecida abaten.
La avaricia no mas de los magnates.
PAD. ¿Estamos destinados por ventura
á sufrir y callar, y á doblegarse
nuestra altiva cerviz á los estraños,
que unos tras otros nuestro suelo invaden?
Suevos, silingos, vàndalos y alanos
Cartago y Roma, godos y almohades
un tiempo fuera que con crudo encono
alzaron en España su estandarte,
su avarícia esplotando la ignorancia
del rico pueblo que dejó engañarse,
nos impuso sus leyes y costumbres;
su fè, su religion, y hasta su trage.
Mas cien generaciones que pasaron
con otros tantos siglos de barbàrie,
abrir supieron el raudal copioso
de virtud y valor. No ya cobarde
à la estrangera raza se doblega:
el sol de libertad se alza radiante,
y con fúlgidos rayos ilumina
de su gloria las palmas inmortales.
HARO. ¿Qué vale su valor, qué sus esfuerzos;
su estéril batallar, què es lo que vale?
Vuelve la vista si à mirar te atreves
y medirás las fuerzas que combates:
Legiones numerosas ya se acercan
y avanzan en tropel, haciendo alarde
de cien victorias que ganadas dejan:
Aún verde está el laurel, cuyo ramage
la sombra ofrece á sus heróicas sienes:
¿por què pretendes que la lid se alargue,
si es tu ruina, caudillo desdichado,
tan tremenda y cruel como indudable?
—Tus soldados desertan cada dia;
y sin armas, sin gente, sin bagages,
os quereis sostener, siendo tan pocos,
contra ese inmenso y aguerrido enjambre?
¿Qué esperas alcanzar en esta lucha?
PAD. Combatir y vencer. ¡Oh! no te espante
mi constancia y valor: solo, Pelayo,
que perseguido del infiel alarbe,

vengó en un dia con guerrero esfuerzo
de nuestra pátria su baldon y ultrage:
con él pocos guerreros tremolaron
de Constantino el lábaro triunfante;
y sin armas tambien, la dura peña
paró la accion al damasquino alfange.
Esos bravos soldados que acaudillas,
no me imponen terror; la luz que arde
dentro del corazon de mis soldados,
es la divina ley que marcó al ángel
la hora terrible en que su fuerte espada,
debió herir al traidor y aniquilarle:
y midiendo sus fuerzas cada uno,
de los tuyos por mil piensa que vale (1)

HARO. Con que es decir que en vano vos propongo
consolideis la paz?

PAD. Lo haré sí antes
el monarca separa de su lado
á esa semilla que importó de Flandes;
si vuelve á las ciudades sus derechos;
si los impuestos cesan; si los grandes
dejan de perseguir á los pequeños,
y ante su trono son todos iguales.

HARO. No dictan en España los vasallos
al monarca la ley.

PAD. Las potestades
que por voto y sancion levanta el pueblo
las puede derribar de sus altares.

HARO. Legítimo señor de sus dominios
es nuestro rey aqui, y esto...

PAD. No acabes:
solo existen señores, donde esclavos
le rinden pleitería y vasallage;
mas nó donde con sangre se conquista
la santa libertad; y pues la nave
del Estado camina al precipicio
sin diques encontrar donde se ataje,
é inesperto el piloto ó mal guiado,
la lleva entre las rocas á estrellarse.

---

(1) Guzman el Bueno: acto 2.º—Escena 5.ª—D. Antonio Gil y Zárate.

Su salvacion busquemos con ahinco,
que nunca para el bien, nunca. fuè tarde.

HARO. Padilla, contemplad que en vuestra mano
dos partidos teneis: ó muerte infame
sobre un cadalso, que la ilustre cuna
donde nacido habeis, por siempre manche,
ó adquirir si os pasais á mis banderas
riquezas, posicion y dignidades.

PAD. No ayuda Dios al que perjura impío;
de mí propio llegara à avergonzarme:
ni apetezco vivir con el oprobio
indeleble marcado en el semblante,
ni dejar á mis hijos por herencia
de la infamia el baldon para humillarles.

HARO. No insisto mas.

PAD. A suplicarlo iba.

HARO. Márchome pues!

PAD. Volvereis á hallarme!

HARO. Frente à frente en la lid.

PAD. No lo rehuso,
conde de Haro, si quereis buscarme.

HARO. Guàrdeos el cielo y con su luz os guie!

PAD. Eso quiero tambien: el cielo os guarde!

ESCENA IX.

PADILLA.

Con mi deber he cumplido;
juzgue Dios mi sufrimiento,
y en el pecho mi tormento
quede por siempre escondido.
Que nadie comprenda, nó,
la lucha que aqui se encierra;
lucha que nadie en la tierra
arrostrará mas que yo!
Al hijo de mis amores
abandono cuando muero!
Este es el dolor mas fiero,
entre todos mis dolores.

(Cayendo sentado en una silla: á la voz de Maldonado, se recobra nuevamente ocultando su emocion.)

ESCENA X.

PADILLA y MALDONADO que precede al Obispo ACUÑA.

MALD. Ya salió de la avanzada
con toda felicidad
el de Haro.
OBISPO La ansiedad
aqui nos conduce, y cada
instante que veo correr
sin saber á qué atenernos....
PAD. Es preciso disponernos
para morir ô vencer.
(Como preocupado y con un esfuerzo.)
MALD. Su propuesta.....
PAD. Que cedamos
sin esperar dilacion,
ó no hallaremos perdon!
MALD. Y nosotros lo imploramos?
OBISPO Qué has contestado Padilla?
PAD. Que no cede nuestra saña (Con nobleza.)
aunque saliese à campaña
entera toda Castilla.
Que con ánimo sereno
vamos a buscar la muerte;
que jugaremos la suerte,
y ayude Dios al mas bueno!

ESCENA XI.

Dichos y BRAVO, que entra precipitadamente.

¿Qué es eso, Bravo?
BRAVO. Al dejar
nuestro campo el enemigo,
acabo de ser testigo
de un suceso, que dudar
me hace tal vez en su agravio.
PAD. Decidlo sin mas rebozo.
BRAVO. Por debajo del embozo
aplicó sobre su lábio
trompa de agudo sonido,

que por otras imitada
à distancias colocadas,
fué tres veces repetido.
Y á poco de esta señal,
escuché sin embarazo,
la explosion de un cañonazo
del campamento imperial.

PAD. Sus tropas en movimiento
van á poner. ¡Oh! no hay duda!
Cada uno á su puesto acuda,
y á las armas al momento.
Aparentemos dormir
como ignorando su engaño,
y encuentren para su daño
soldados que combatir.
Vos, Bravo, sín mas tardar,
mis legiones juntad luego:
demos pábulo à su fuego,
y con constancia à lidiar.
(Vàse Bravo, foro derecha.)
En el reducto que labra (A Maldonado.)
nuestra gente con porfia
colocad la artilleria.— (Vase Maldonado.)
Acuña!

ACUÑA. Qué?

PAD. Una palabra!

ESCENA XII.

PADILLA y el obispo ACUÑA.

PAD. En este trance terrible (Con emocion.)
en que á buscar vamos gloria,
no es segura la victoria
y sucumbir es posible.
De vuestra amistad exijo,
si esta no os es enojosa,
que consoleis à mi esposa (Con ternura.)
y que ampareis á mi hijo.
Mirad, de cualquiera suerte,
satisfaced este afan;

que si seguros están
iré tranquito á la muerte.

(Desde este momento se empieza á oir ruido de armas, voces de mando y muy lejos el ruido de las cajas.)

OBISPO. Yo os lo juro por la cruz,
ante Dios puesto de hinojos,
(Va à arrodillarse y Padilla lo estorba)
como no falte á mis ojos
para ampararlos la luz.
Y no cederán mis brazos
de lidiar con uno ó ciento;
pues para lograr su intento
primero me harán pedazos.

PAD. Entrégoos de los Padillas
la sangre mas noble y pura.

(Cae en brazos del obispo, sin poder contener su llanto: gran pausa y durante ella, aparecen por derecha é izquierda, las fuerzas comuneras que forman en órden de batalla con sus cajas y clarines al frente, y que han de ocupar toda la escena: una vez formada, dice el obispo los dos versos siguientes:)

OBISPO. Ya forman en la llanura
los guerreros que acaudillas.

(Padilla levanta la cabeza, no debiéndose notar en su rostro ningun rasgo de su dolor: con la mayor energía, embraza marcialmente el escudo, se pone el casco y toma la lanza, saliendo de la tienda: al presentarse á sus tropas es saludado con un viva general de entusiasmo)

ESCENA XIII.

PADILLA, ACUÑA, MALDONADO, BRAVO, MILLAN, FORTUN, GARCÉS, y soldados.

PAD. Gracias, soldados: vuestra voz pregona
el fèrvido entusiasmo que os alienta:
y esta virtud que vuestra causa abona
os llevará á vengar la propia afrenta.
Y si el triunfo vuestra sien corona,
si palmas conquistais en lid sangrienta,
hijo es tan solo de la fé que crea
ese mismo entusiasmo en la pelea.
A la lid vamos ya: la dura lanza
blandiendo con furor en vuestras manos,
rayo será de celestial venganza;

azote de verdugos y tiranos:
Romped con su cuchilla la alianza
entre pueblo y señor, y si son vanos
nuestros esfuerzos para hallar victoria,
lidiad hasta caer; morid con gloria.
El monte se desgaja, y desprendido
arrolla y rompe, y hacinando escombro,
para siempre sepulta el aguerrido
ejército que fué del mundo asombro.
Su soberbio valor queda vencido;
ni el férreo brazo, ni el gigante hombro
la calva peña á sujetar les basta,
que rueda hasta el abismo y los aplasta.
¿Qué valen, pues, las huestes ponderadas
que dán al viento la imperial enseña,
si van á ser en breve sepultadas
bajo el gran peso de la enorme peña?
De una vez para siempre conquis'adas
hoy queden en la lid que nos empeña,
con la paz que mitigue nuestro duelo,
la santa libertad, hija del Cielo!
¡A lidiar! ¡A lidiar! Dios en la altura
vuestros votos acoje, y ya su espada
por los aires hendiendo con bravura
la muerte deja por doquier sembrada.
Tinta en sangre enemiga la llanura
huye cobarde la hueste horrorizada:
no quede del infiel, ni aun la memoria
A morir ó vencer!!!

TODOS. A la victoria!!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una càrcel en Villalar: à la derecha la puerta general de entrada: á la izquierda dos puertas: la primera figura ser el calabozo de Padilla: la segunda el de Bravo y Maldonado: al frente una gran puerta de dos hojas, que abierta á su tiempo, dejará ver el cadalso al mismo nivel del piso, donde habrá tres tajos en los cuales se supone haber sido decapitados los mencionados personages.

ESCENA PRIMERA.

EL CARCELERO con llaves.

Maldiga Dios el destino
de todo el que pobre nace!
En mal hora viene al mundo,
y en mal hora vè pasarse
un dia tras otro dia
siempre rodando entre afanes;
porque al cabo como empieza
así es forzoso que acabe.
Yo, por ejemplo ¿qué soy?
¿mi existencia de qué vale?
Siempre entre negras paredes
y ensordeciendo à los ayes
de tanto y tanto infeliz,
que por venganza ó maldades,
aqui vienen á esperar
un sangriento desenlace.
Uno suplica, otro llora;

otro queriendo vengarse,
con insultos y blasfemias
me regala à cada instante,
como si yo fuese el que
à estas mansiones les trae.
¡Bonita! ¡Bonita plaza!
carcelero y sota-alcaide!
Mas vale la de alguacil;
y eso que canta un romance
que escribanos y alguaciles
nunca llegan á salvarse,
y tienen en el infierno
franquicias considerables.

(Llaman en la puerta derecha.)

¡Hola quien llama! Temprano
empieza el dale que dale:

(Vuelven á llamar.)

¡Con mil legiones!—Veremos.

(Yendo á abrir y despues de ver quien es.)

ESCENA II.

DICHO, DOÑA MARIA y PEDRO.

Una dama!

MARIA. Ved el pase. (Mostrando un papel.)

CARC. Està en regla.—¿Qué quereis?

MARIA. Que conmigo á solas hable
aquí don Juan de Padilla.

CARC. Es que aun puede que descanse.

MARIA. No importa: si está dormido
hacedle que se levante,
y que una dama le busca:
con diligencia avisadle.

CARC. Voy allà: (quien manda, manda;
aquí está escrito. . adelante.)

(Vase por la puerta primera izquierda, la que abre con dos llaves.)

ESCENA III.

DOÑA MARIA y PEDRO.

MARIA. Hijo, valor! Ten valor!
PEDRO. Valor no me falta, madre:
pero siento que á mi rostro
se agolpa toda la sangre,
al mirar la humillacion
que sufre mi heróico padre!
¿Por qué sus fieros verdugos
cual si fuera un miserable
le guardan entre cadenas?
¿Su palabra no es bastante?
¿No es bastante su desdicha?
¿O acrecentando sus males,
quieren hacer del vencido
escarnio, mofa y ultraje?
MARIA. Pobre Pedro! no comprendes
la causa! Sus guardianes
llenos de innoble temor
recelan se les escape,
y regresando á Toledo
su voz otra vez levante
para juntar nuevas huestes
que el poder les arrebate.
Negros muros, dobles rejas
duplican por todas partes;
y cual si fuera un bandido
en un calabozo yace.
Pero se olvidan que existe
la tierna esposa, que amante
viene à darle libertad,
á despecho del infame
que pone sobre su cuello
la planta para humillarle.
Sancha de Navarra un dia
al conde Fernan Gonzalez
dió libertad, y á la historia
un ejemplo en sus anales.
Ella, esposa como yo
y como yo tambien madre,

emprendió tan noble hazaña
por sí sola, y adelante
llevóla hasta consumar
de su cariño los planes.
Así tambien la Pacheco
su presa sabrá arrancarles
aunque en su contra opusieran
su furor los huracanes;
que ante los grandes peligros
acrecen las almas grandes.

ESCENA IV.

DICHOS, el CARCELERO, poco despues D. JUAN PADILLA.

CARC. El preso me sigue en pos!
os dejo: que Dios les guarde. (Vase puerta derecha.)
MARIA. Ya se acerca!
PEDRO. Ya está aquí!
PAD. Esposa!
MARIA. Juan!
PEDRO. Caro padre! (Abrazàndose los tres.)
PAD. Dulces prendas de mi amor!
venid... venid á mi pecho!
¡Oh! Cuanto bien me habeis hecho
en medio de mi dolor!
¡Mi esposa! mi tierno híjo!
Quien alcanzó tal ventura!
Apuremos con usura
tan dulce instante! Aqui fijo
vuestro recuerdo en mi mente,
era mi bien mas preciado,
y Dios por fin ha escuchado
mi súplica reverente!
PEDRO. ¿Y pudisteis vos dudar
un momento de nosotros?
PAD. No dudaba de vosotros;
pero ..
MARIA. Cesa! à pronunciar
no llegues lo que imagino!
Todo, si, te lo han negado,

los malvados que han logrado
sorprenderte en tu camino!
Yo supliqué .. yo pedí!...
Yo humillé mi condicion,
y la puerta á tu prision
franquearme conseguí.
No me arguyas: sé que el modo
ni á ti ni á mi nos cumplía:
era preciso este dia
ganar ó perderlo todo.

Pad. ¿Tú implorando al vencedor?
Tù suplicante á sus pièś?
Oh! ni es Pacheco, ni es
aquella á quien di mi amor
la que su estirpe rebaja;
pues la que noble es nacida,
de su orgullo no se olvida
ni aun dentro de la mortaja.

Maria. Padilla, deten la lengua
que imprudente me baldona:
pues no puede una matrona
tranquila escuchar su mengua.
Pequeña ha sido mi falta
que à sabiendas cometí;
pues movida la emprendi
de razon mas noble y alta.

Pad Habla, te escucho.

Maria. Tu bien
y el bien de todos me guia.

Pad. Aun no comprendo, Maria.

Maria. ¿Si de la suerte el vaiven
cambiando con veleidad,
inclinára su balanza
al lado de tu venganza,
no quisieras libertad?

Pad. Oh! si... si; mas cómo ..

Maria. Escucha.
Con mano diestra y mañosa,
con astucia sigilosa,
logré en medio de la lucha
arrancar á los soldados
enemigos que morian

los trajes que los cubrian;
y con ellos disfrazados
cien amigos verdaderos,
han logrado penetrar
hasta el mismo Villalar
donde se ocultan. Los fueros
de su yugo respetando,
callan y el lance aperciben:
mis instrucciones reciben
y hora me están esperando.
Acuña luego que viô
que aqui estabamos seguros
abandonando estos muros
las campiñas recorrió.
De tu ejército leal
juntó el resto que acaudilla,
y está fuera de la villa
esperando mi señal.
No temas la muerte, nó;
porque al venir á buscarte,
acudirán à salvarte
acaudillándolos yó.
En el tropel confundidos.
no los podrán distinguir;
y tu tendrás para huir
caballos apercibidos.
Vete pues, que yo aqui quedo;
cruza veloz el espacio,
y ocúltate en tu palacio
que está inmediato a Toledo.
Por tí, por nosotros dos,
tu vida conserva ilesa;
no vaciles en la empresa
y quiera ayudarte Dios.

PAD. Maria! Vanas palabras
llegastes á proferir;
quieres un riesgo cubrir,
y otro riesgo mayor labras.
¿Podré con ojos serenos
presenciar que en lid horrible,
por lograr un imposible,
sucumban de infamia llenos

esos ilusos, que olvidan
por su ciega lealtad
que dejan en la horfandad
á sus hijos? No se anidan
en mi noble corazon
el egoismo ni el dolo:
antes perezca yo solo
como dicta la razon.
¿Qué derecho justiciero
esta práctica asegura?
¿Es mi sangre, por ventura,
mejor que la del pechero?
De la equidad yendo en pos
así lo enseñé á la grey:
caigamos ante la ley
iguales como ante Dios.

Maria. Y esa horfandad que te espanta
ese mal que evitar quieres,
esos tristes padeceres,
al entregar tu garganta
no miras, Juan, va de fijo
á ser la herencia horrorosa
que legas para tu esposa
y tambien para tu hijo?
O es que la ruda coraza
que llevas des que has nacido,
apagó el postrer latido
del amor para tu raza!...

Pad. María! Por Dios! María!

Pedro. Padre mio! Por favor!

Pad. ¿Tú tambien que del honor
y de cumplida hidalguía
espejo en tu corta edad
fuiste hasta aquí sin mancilla,
á tu padre, á Juan Padilla
incitas á la maldad?
¿Dónde está tu fiero enojo,
tu altivez y tu denuedo?
¿Has trocado por el miedo
aquel decantado arrojo?

Pedro. Padre! Padre! No vacilo,
ni me injuries de esa suerte!

llevadme pues á la muerte,
me vereis marchar tranquilo.
Que si con mi sangre sello
vuestro honor y os doy la vida,
daré con la frente erguida
á los verdugos mi cuello.
Esto, porque bien me cuadre
mi valor puede cumplir;
mas no puedo resistir
el suplicio de mi padre!

MARÍA. ¿Lloras, Pedro?

PEDRO. Y no os asombre:
la pena mi voz embarga:
calculad si será amarga
para hacer llorar á un hombre.

PAD. ¡Hijo del alma!

MARIA. Padilla!
¿Nada dice á tu conciencia
el llanto que en tu presencia
riega su tierna mejilla?
¿Ese llanto de dolor
tan veráz como elocuente.
que brota copiosamente...

PAD. Dios mio! Dadme valor!

MARIA. Pides valor...—Estoy loca!—
Cuando encontrar no es posible
un alma mas insensible?
Tu corazon es de roca,
y jamás tu pecho helado
sintió de amor la ternura!

PAD. María!

MARIA. ¿Vas por ventura
á decirme que has lidiado
por salvar de la opresion
á la pátria que gemia?
¿que tu brazo combatía
por cariño á tu nacion?
No fué virtud, patriotismo!...
orgullo fuè nada mas:
que no aprecia á los demás
quien no se aprecia à sí mismo.

PAD. Ayer tu voz me animaba

presagiando mi victoria,
y el camino de la gloria
tu propio lábio trazaba.
Tú en mis manos el acero
pusistes con osadía:
tù le vestistes, María,
los arneses al guerrero.
Tú el juramento arrancaste;
tú provocaste á la lid;
tú sola en Valladolid
la bandera tremolaste
Tu dedo marcó el camino,
y siempre tu voto fué
el primero que acaté.
Mas tu mente no previno
que á veces la suerte abate
el plan del mejor soldado;
pues no lleva asegurado
el éxito del combate.
Que los fuertes corazones,
las huestes mas aguerridas,
tambien suelen ser vencidas:
hablen todas las naciones;
su fallo el mundo respete:
hable de Roma la saña;
hablen las huestes de España
vencidas en Guadalete.

MARÍA. ¡Ay de mi!

PAD. ¿Si todo es cierto
por mas que tu lengua arguya,
cómo pretendes que huya?

MARÍA. Y te debo mirar muerto?

PAD. Debes, que en deber estás,
decirme, por no olvidallo,
que en el trance en que me hallo
no debo volverme atràs.

MARIA. Pero es horrible esa idea!

PAD. Y qué hubiéseis hecho ayer
si me viérais perecer
combatiendo en la pelea?

MARÍA. No lo sé: solo recuerdo
mi injusta y adversa suerte

que te lleva hasta la muerte,
y que amándote te pierdo.
Guiada por mi demencia
no supe ayer alcanzar
que en el lance iba á jugar
tu idolatrada existencia.
A la pátria no denigro
que tambien mi pátria es;
pero muere este interès
al ver tu vida en peligro.

PAD. Valor, María, valor
es forzoso en trance tal;
porque es mas terrible mal
con la vida el deshonor.
Del mundo la rectitud
otra cosa no consiente;
pues no aduna en el valiente
la traicion con la virtud.
Pedro, así, llevará un nombre
que será de honor espejo:
vivo, la infamia le dejo;
muriendo, le doy renombre.

(Dos versos antes ha aparecido el de Haro.)

ESCENA V.

Dichos, y el Conde de HARO.

HARO. Esa es la ley que el vencedor decreta
y que debe sufrir quien fué vencido.

PAD. ¿A qué venís aqui Conde de Haro?
Venís á acrecentar de mi destino
el decreto cruel, haciendo alarde
de vano esfuerzo, de impotente brio?
Jactarse, conde, con sañudo encono
del bárbaro poder que mi suplicio
decreta por venganza solamente,
ni és noble, ni leal, ni de vos digno.

MARIA. Ah Conde .. conde .. si la voz doliente
de una triste mujer á vuestro oido
se eleva humilde sin cesar pidiendo

la gracia que teneis en vuestro arbitrio;
si en vuestras manos pone la existencia
del tierno padre, de su tierno hijo,
resistireis acaso á su plegaria
cual si tuvierais corazon de risco?
No lo puedo creer; sois caballero
y padre sois tambien: el llanto mio
cayendo gota á gota en vuestra alma
al fin despertará vuestro heroismo.
Vedme aqui á vuestros piés; yó, la Pacheco;
la noble dama, de blason invicto,
no escusa suplicar, pedir con ruegos
del vencedor egército al caudillo:
¿me escuchais, no es verdad?

HARO. Señora, juro
que mi poder no alcanza en tal conflicto
á dar la libertad á vuestro esposo:
quise arrancarle del profundo abismo;
intenté que su error reconociera;
le puse ante sus ojos el camino
para hallar su perdon; apuré el modo
por tal de convencerle y conseguirlo:
pero hoy es tarde yá.

MARIA. Nunca fué tarde
para labrar el bien: del precipicio
libertadle señor; por este huérfano
que solo vá á quedar y sin arrimo.
¿Si su padre le falta al inocente,
que bien ha de encontrar el pobre niño?

PEDRO. Alzad, señora; mi estirpe se avergüenza
de tanta humillacion; tanto ludibrio.
¿Piedad quereis hallar en un tirano
que baldona la patria en que ha nacido?
De Neron y Calígula en memoria
otro revive que abortó el abismo;
y cual ellos tambien llevará en breve
la negra maldicion de otros cien siglos.
¿Y tù eres español? Nó, que en España
mónstruos no nacen: del fecundo Nilo
en las orillas que su curso riega,
un tigre te abortó para castigo:
y si en la pátria de Pelayo viste

el sol que te alumbró con rayos tibios,
de la sangre africana de un esclavo
el fruto fuiste de su amor mestizo.

HARO. ¡Oh! Vive el Cielo!

MARIA. Por piedad!

PEDRO. No tiembla
mi noble corazon grande y altivo;
tu venganza provoca y yà la aguarda:
del hacha doblegado bajo el filo
me escucharás clamar con mi desprecio,
Tirano, vil traidor, torpe, bandido!

PAD. Pedro contente: tu padre te lo manda:
salid luego de aqui: yo os lo suplico;
á verme volvereis: dejadme ahora
que hablar con el de Haro necesito.

HARO. Y yo tambien, Padilla, cumplir debo
la mision que me trae á aqueste sitio.

PEDRO. Obedezco señor.—Y tú, sicario,
si quieres apurar del despotismo
todo el horror que su coyunda encierra,
ya sabes bien que yô le desafío.
De mi padre y de mí sobre el cadalso
cercene la cerviz, solo un cuchillo;
mas teme si yo arrojo desde el palco
en medio del confuso laberinto
de ese pueblo que sufre y que padece,
el guante funeral de Coradino

HARO. Salid, salid de aquí.

MARIA. Sí, conde; vamos:
Tu despreciastes el clamor prolijo
de la hiena feroz, que nueva sangre
evitó derramar: mas és preciso.
Tiembla al pensar el corazon que tiene
la que madre se llama de tal hijo.

HARO. Pero estais à mi lado todavia;
no saldreis de aqui màs: lo juro: Iñigo! (Llamando

PEDRO. Apártate, traidor, tu aliento empaña. (Rechazàndole
Paso à mi madre: descúbrete, asesino. (Quitandole el sombrero. Vanse por la puerta derecha.)

ESCENA VI.

PADILLA y el Conde de HARO.

HARO. Si sois de rectitud digno modelo,
¿como juzgar podreis el desaliño,
la impúdica altivez y la soberbia
del imberbe rapaz.

PAD. Conde, es un niño:
mas corre por sus venas sangre ilustre,
y lleva con orgullo mi apellido.

HARO. Y no obstante, bien veis que yo aqui solo
de otro poder lo soy ejecutivo;
y obedezco, tal vez con desagrado,
á la imperiosa ley que asi lo quiso.—
¿Si vos en mi lugar, en la pelea
tuvieseis ocasion de hacer cautivo
al hombre cuyo nombre banderiza
el bando aterrador, á cual partido
pudierais apelar con fuerte mano
para acabar con èl, para estinguirlo?
Si os doy la libertad, si la sentencia
que hà yá dos años el monarca mismo
pronunció contra voz, yó suspendiera,
como traidor al rey, de mis dominios
la venganza real no me privàra,
con la vida tambien?... Franco decidlo.

PAD. Teneis razon: y pues morir yo debo,
olvidad generoso el desvario
del tierno infante, de la triste esposa,
que al padre y al esposo ven perdido.
Dejadme conde ya: quiero estar solo.

HARO. Un momento, Padilla, os lo suplico:
no fuè un vano pretesto cuando os dige
que à buscaros venia.—Atento os pido
un instante no más; que acaso en breve
en mi vais á encontrar un buen amigo.

PAD. No os comprendo; decíd.

HARO. Vuestro infortunio,
por màs que combati conmigo mismo,
no me és dado evitar: hoy el cadalso
aguarda al noble, al liberal caudillo;

y con èl la vergüenza y la deshonra
que lleva el criminal, prez del delito.
Injusto el mundo, su baldon conserva,
y siempre, siempre lo mantiene escrito
en la frente de aquellos que heredaron
el nombre infando que la ley maldijo.

PAD. ¿Donde vais á parar, conde de Haro?

HARO. Yo os pretendo evitar ese ludibrio.
Un veneno tomad, y entiendan todos
que en la oscura prision, con el suicidio...

PAD. Basta, no más: entiendo, y yo rechazo
tan negro crimen, sí: no fuera digno
del laurel que ese mundo me concede
debido á mi valor, ni el Dios divino
que juzga á los mortales en su trono
equilibrando la virtud y el vicio,
la balanza inclinara de mi lado;
y sepultado en el profundo abismo,
tormentos y tormentos sufriria
por una eternidad; por luengos siglos,
no deshonra el cadalso al inocente;
y el Eterno mostrándose propicio,
benigno acoge la victima que muere
ceñida con la palma del martirio.
España, Europa, el universo todo
contempla mi cruento sacrificio;
y la España, la Europa, el universo,
allà en el porvenir, cortarà el hilo
á la cadena cuyo duro peso
hoy lo encorva y abate... ¡ay si el cautivo
alzando al cielo su cerviz guerrera
de los tronos destruye el señorío!!..
Lagos de sangre verterá ese pueblo:
de libertad el íris diamantino
sobre la faz de la redonda tierra
brillará para bien de los nacidos;
y donde allí de esclavos hubo un pueblo,
allí donde el dolor se viò nutrido,
allí revivirà llena de gloria
la sacrosanta ley de Jesucristo,

HARO. Conque es decir ..

PAD. Es decir conde de Haro

que el funeral presente yo no admito.

HARO. Iluso! Delirais!! ¿Pensais acaso
deslumbrarme tal vez? Ya prevenido
para estorbar el golpe que me asesten
le aguardo sin temor.

PAD. Cómo?

HARO. Inquirirlo
pude por suerte: mi constancia vela,
y sé muy bien...

PAD. El qué!!!

HARO Que apercibido
grueso escuadron, armando una asonada,
intenta libertaros del suplicio

PAD. Eso es falso!

HARO. Por única respuesta
à que bebais la pócima os convido.
¿La quereis admitir?

PAD. Nó. (Con altivez.)

HARO. Pues entonces
á mi pesar, Padilla, me retiro;
medios tengo bastantes en mi mano
y de ellos voy á usar. De ese castillo
que de flexible cera en vuestra mente
frabricó la esperanza, destruido
el cimiento vereis. Que Dios os guarde.

PAD. Y à vos os juzgue. (Haro vá hasta la puerta y vuelve.)

HARO. Resolved. (Padilla vuelve la espalda.)
No insisto. (Vase.)

ESCENA VII.

PADILLA.

¡Oh pátria! pàtria infeliz!
humilla tu dócil cuello,
sin conservar un destello
de esperanza en tu afliccion.
Sufre triste y resignada
y reconcentra tu agravio,
de tus hijos en el lábio
sin sonar la maldicion.

Que tus dormidos señores
aguarden sin recelar,
la hora de comenzar
vuestra justicia á ejercer.
Borre así tu noble arrojo
con altivez soberana,
con las glorias del mañana
los sufrimientos de ayer.

ESCENA VIII.

PADILLA y el CARCELERO.

PAD. ¿Qué quereis? A la prision
me vais à volver?
CARC. Lo errais.
PAD. Entonces...
CARC. Aquí os quedais.
A dar comunicacion
à esos otros caballeros
vine.
PAD. Aquí? (Con alegria.)
CARC. Pues está claro.
PAD. Quién lo dispuso?
CARC. El de Haro
que pretende complaceros.
PAD. Dios se lo premie! (Con ironia.) (Malvado
no le basta á su interés
que uno muera! Todos tres...)

(Mientras este aparte, el carcelero ha abierto el calabozo segundo de la izquierda.)

ESCENA IX.

Dichos, BRAVO y MALDONADO.

BRAVO. Padilla!
MALD. Juan!
PAD. Maldonado!! (Abrazàndose.)
La amistad es en la vida
de los pesares consuelo!
¡En mis brazos!

CARC. ¡Por el cielo
que es cruel la despedída!) (Váse puerta derecha.)

ESCENA X.

Dichos, menos el carcelero.

MALD. ¡Cuántas horas de amargura
y de tormentos atroces,
han transcurrido veloces
en esa prision oscura!!...

BRAVO. Tal vez en la eternidad
y al filo de la cuchilla,
te juzgábamos, Padilla,
en la amarga soledad.
Que en la mente se grabó
del pesar mudo testigo,
el recuerdo del amigo
que la suerte nos quitó.

MALD. Di cual es la mano amiga
que nos otorga el consuelo
en medio de tanto duelo,
para que yo la bendiga.

PAD. No me preguntes su nombre,
ni lo quieras comprender;
que amargará tu placer
la memoria de ese hombre.
Pero sabe, desdichado,
que te abruma una sentencia,
y de tu pobre existencia
el plazo ya está acotado.

MALD. Sin juzgarnos... sin oirnos!

BRAVO. Mas no hay leyes que en provecho...

PAD. Con la fuerza por derecho
vá al cadalso à conducirnos
sin treguas y sin templanza,
el temor ó la impericia;
pues que cede la justicia
su lugar á la venganza.

MALD. Y cual torpes criminales,
por un testimonio falso,

la deshonra del cadalso
nos vá à cubrir! ¡Cuàntos males
trajo la incierta jornada!
¿no era mejor como bueno
perecer sobre el terreno
frente á frente y con la espada?

PAD. Medio tienes de evitar
de ese baldon el abismo.

MALD. Cómo?

PAD. Si quieres tu mismo
tu existencia terminar.

BRAVO. ¡Ah! Padilla! (Indignado.)

PAD. ¿Os causa horror?

MALD. No vacilàra mi mano;
mas lo reprueba el cristiano
con religioso temor.

BRAVO. El mal es grande; infinito:
pero es mas malo á mi ver,
ante Dios comparecer
manchado con tal delito.

PAD. Pues hace pocos instantes,
aunque repugnancia cuesta
confesarlo, la propuesta
con palabras semejantes
hicieron á Juan Padilla
de su honor en perjuicio.

MALD. Dijiste...

PAD. Que el beneficio
no aceptaba que me humilla.

BRAVO. Noble amigo!

MALD. Obrando asi
alzas un templo á tu fama.

PAD. Dios á su lado nos llama;
cumplamos como hasta aquí.
Vanamente airado zumba
el huracan del encono:
el cadalso es nuestro trono;
nuestro blason, nuestra tumba.
Vano serà à los que oprimen
nuestro inmenso sacrificio;
pues no deshonra el suplicio;
lo que deshonra es el crimen.

VOCES FUERA. Perdon! perdon! libertad!
BRAVO. Esas voces que se escuchan?...
PAD. Nos dicen que ardientes luchan
nuestros hermanos: cobrad
nuevamente la esperanza.
MALD. Què dices?
PAD. Mi noble esposa
corre á la lid presurosa
provocando à la venganza
á los bravos que acaudilla.
BRAVO. ¡Ella!. .
PAD. Su gran corazon
nos busca la salvacion!
VOCES. Viva Don Juan de Padilla.!

(Desde aquí hasta la salida última no deben cesar de oirse las voces y murmullos del pueblo, aproximàndose poco à poco segun lo van marcando los versos.)

BRAVO. ¡Y no poder en la lid
ayudar tan grande empresa!
PAD. Asi cumple la promesa
que escuchó Valladolid.
MALD. Y cómos sabes?...
PAD. Por ella,
que arrostrando denodada
por todo, buscó la entrada
en esta torre.
BRAVO. Tu estrella
vuelve à lucir, y ya espero
verte cubierto de gloria,
conduciendo á la victoria
á los libres.
PAD. Y mi acero
rayo será fulminante
que trunque la altiva saña
de los tiranos de España.
MALD. ¿Pero como en el instante
no nos dijiste?...
PAD, Por que
cuando tal proyecto oi
quise evitar que por mi,
pues la rota ocasionè,

pereciera ese puñado
que á la matanza escapó:
mas mi esposa se obstinó
en el plan determinado.
Ruega, insiste, yo no cedo,
mis advertencias rechaza;
altiva corre á la plaza
y contenerla no puedo.
La espada tambien empuña
y recluta y arma gente
disfrazado y diligente
el buen obispo de Acuña.
Y del uno y otro empuje,
entrambas fuerzas uniendo,
ha nacido y va creciendo
la conmocion que hora ruge.

BRAVO. Que se acerca mas y mas,
segun el rumor acrece.

VOCES. Viva Padilla!

MALD. Parece
que ya aquí dentro...
(Señalando la puerta de la derecha.)

BRAVO. Quizás
allanando los dinteles
de esta prision, valeroso
llega el pueblo victorioso
ostentando sus laureles

MALD. Saludemos á la grey
y hacia su encuentro salgamos.
(Cuando llegan á la puerta de la derecha se abre esta, dejando paso á un oficial y soldados realistas, y tres sacerdotes.)
¡Oh cielos! nos engañamos!
son los soldados del Rey!

ESCENA XI.

PADILLA, MALDONADO, BRAVO, un oficial, soldados y sacerdotes.

OFICIAL En nombre del general
que al monarca representa,
á los tres voy á dar cuenta
del fallo del tribunal.

Por sus votos y por suerte,
que ambos medios se emplearon,
unánimes pronunciaron
vuestra sentencia de muerte.
El ministro del Señor
os va à escuchar en secreto;
humillaos con respeto
como debe el pecador.
Y preparad en seguida
vuestro valor lo bastante
para mirar el instante
postrimero de la vida.

BRAVO. ¿Y fallar cómo han podido
sin oir al delincuente.

OFICIAL. Otra cosa no consiente
ni puede estar permitido
por la ley del soberano
cuya obediencia profeso,
para el rebelde que es preso
con las armas en la mano.

MALD. Pero á lo menos un dia
siempre al reo se concede!

OFICIAL. Hoy concederse no puede,
pues cunde la rebeldía.
Con descompuesto ademan
acosan al vecindario
los soldados del contrario:
de exceso en exceso van;
nada á la turba detiene:
sembrando estrago y ruina
á la cárcel se avecina.
Aqui á libertaros viene
de la ley en su perjuicio;
y queriéndolo evitar,
mandan los jueces cambiar
lugar y tiempo al suplicio!

MALD. Y ninguno nos acorre!
Villanos!

BRAVO. Resignacion!

PAD. Y ¿dónde es la ejecucion?

OFICIAL Mirad: en aquella torre. (Soñalando al foro)

MALD. Breve fué nuestra esperanza!

BRAVO. Inicua! infame maldad!
PAD. Valor! valor, y mostrad
en el cielo confianza! —
Venid y estrechad el lazo
de nuestro afecto profundo:
este será en este mundo
nuestro mas sincero abrazo! (Abrazàndose)
MALD. Adios!
BRAVO. Adios!
PAD. Fortunado. (Muy enternecido).
el que en trance tan prolijo
llanto no dá por el hijo
que deja desamparado.
Cuando al lado de su madre
vuelva el cuitado inocente,
aquí hallará solamente
el cadàver de su padre!
VOCES. Que viva el pueblo! (Se vé el resplandor y el humo como de arder el edificio)
OFICIAL. Si ciertas
son mis sospechas, presumo
por la llama y por el humo
que han incendiado las puertas.
Pronto, pronto, a concluir:
pues no hay remedio, paciencia. (Cerrando los cerrojos interiores de la puerta derecha)
Cúmplase, pues, la sentencia.
Pues si llegan á subir
y penetran, no hallo modo...—
Atadlos codo con codo. (A sus soldados.)
PAD. Eso nó; para morir
iré con planta segura
sin recibir tal sonrojo.
OFICIAL. Vamos. (Yendo á abrir las puertas del foro.)
PAD. Vamos, y el enojo
del justo juez quo en la altura
vè nuestra fé sin mancilla,
descendiendo de repente
aplaste la impura frente
del mónstruo que nos humilla.

(Los tres amigos se dirigen al foro: en la puerta se detienen

y vuelven á abrazarse en silencio: permanecen unos instantes y por último entran, seguidos de los sacerdotes y los guardias.)

ESCENA XII.

Luego que se cierran las puertas del foro, comienza el siguiente diàlogo, acompañado de lo que narran los versos, hasta el instante en que las puertas caen.

Voz 1.ª Aqui Aqui!
Voz 2.ª Pues porrazos
sin descansar!
Voz 3.ª Buena brecha!
Voz 1.ª La mecha.
MUCHAS VOCES. Sí... si... la mecha!
Voz 1.ª Redoblemos los hachazos!
Voz 3.ª Guarda, que el gozne saltó!
Voz 2.ª Ya cede.
Voz 3.ª Se tumba al vuelo!
Voz 1.ª Aparta, que viene al suelo.
Voz 2.ª Ya se entrega.
Voz 3.ª Ya cayó!

(En este momento cae la puerta hecha astillas, y al resplandor de las llamas entra el Obispo, doña María, Pedro y todo el mayor número posible de soldados y pueblo)

OBISPO. Al término feliz de la victoria
invicto y noble, valeroso pueblo,
ya llegamos por fin, pues no detuvo
de vuestros brazos el gigante esfuerzo,
ni de los muros la ferradas puertas;
ni la embestida del contrario acero.
Aquí vuestro caudillo entre prisiones
yace, aguardando que el heróico aliento
de los libres, le vuelva con la vida
la ocasion de blandir su fuerte acero.
Aqui tambien Juan Bravo y Maldonado
arrastran su cadena, bajo el peso
de humillacion servil, y acaso en breve
rodarán sus cabezas por el suelo.
PUEBLO Libertad! Libertad!
MARIA. Juan de Padilla!
¡Juan! (Lllamando con temor viendo que nadie le responde.)
PEDRO. Padre ¡padre!...

MARIA. ¿Pero qué misterio
horrible, alcanza mi agitada mente?
dudo... vacilo... a mi pesar yo tiemblo!
(Recorriendo la escena con avidez.)

PEDRO. Què nos anuncia la callada sombra
que cubre en torno; el sepulcral silencio
que reina por do quier?... Oh! madre! madre!
La muerte entolda con su negro velo
esta victoria, cuyo precio ha sido
la noble sangre de tan caro objeto!

MARIA. ¡Ah! Calla... calla! de la oscura estancia
al último rincon penetraremos
Esta duda me mata... esta zozobra! (Dá algunos pasos y se detiene.)
Registrad... registrad... yo... yo no puedo.
(Pedro entra en el calabozo de Padilla seguido de algunos: el arzobispo en el de Bravo y Maldonado.)
Señor! Señor! si mi desgracia es cierta,
si ya no existe de mi honor el dueño,
dadme fuerzas tambien para vengarlo:
no acuite al corazon cobarde miedo,
y teman mi furor cuantos habitan
el ámbito feraz del universo.
¡Oh! (Viendo al Obispo y à Pedro que vuelven)

OBISPO. Nadie!

PEDRO. Nadie! (Con desesperacion.)

MARIA. Que tu lengua ahogue
la palabra fatal!

PEDRO. Mi padre es muerto!

OBISPO. Pero cómo ó por donde hácia el suplicio
le han podido llevar, si en son tremendo
nuestras huestes cercaban de esta torre
las puertas y avenidas?

PEDRO. En secreto
de homicida puñal tal vez armados
sus verdugos la infamia cometieron,
negando à nuestro afan, hasta en su tumba
verter el llanto de tan justo duelo.
(Suena una campana à doble.)

MARIA. Es verdad! es verdad! ¿pero que anuncia
esa campana? .. ¡Di!..—Ya lo presiento!
Su lúgubre sonido me anonada!

Su clamor sepulcral...—Oh! justo cielo!

(Al escuchar el golpe de hacha en el foro.)

Ese golpe terrible!!...

PEDRO. Madre! madre!

MARIA. ¿No lo escuchaste tú? -Retumba el eco
un adios murmurando que me envia!
y es alli... yo lo sé... corramos, Pedro!

(Corren todos hacia la puerta del foro; al llegar se abre y deja ver los tres troncos mutilados: grito geueral: Doña Maria y Pedro quedan en el centro abrazados fuertemente.)

OFICIAL. La justicia del rey está cumplida.

OBISPO. Acogedlos, señor, en vuestro seno!

PEDRO. Padre del corazon!

MARIA. Hijo del alma!

(Aquí nna gran pausa: de repente se recobra doña Maria, y dirigiéndose al foro, dice el siguiente razonamiento con todo el entusiasmo que la inspira su dolor.)

¡Asesinos Temblad! Venganza quiero!
yo volveré dolor por los dolores
que me haceis devorar: todo un infierno
arde en mi corazon, que ya codicia
abrasaros á todos en su fuego:
no quedará de la venganza harto,
ni del estrago quedará contento,
sin mirar vuestra sangre maldecida
formando lagos á mis ojos mesmos.
Y es aquesta la suerte que prepara
el monarca español, al pueblo Ibero?
En cambio de virtud y de heroismo
estragos, mortandad, espanto, miédo.
Hé aqui los bienes que la patria espera
de un absoluto rey! Baldon horrendo
caiga sobre el mortal que los sostenga
sin arrancarles los infandos cetros.
Rómpase el yugo que á la pátria oprime;
sepúltèse por siempre en el vil cieno,
hasta el nombre malvado y maldecido
que encadena feroz al universo.—
¡Sangre preciosa con baldon vertida!
Tu jugo fecundice con su riego
del árbol la raiz, que trasplantamos;
cuyo ramage, seco tanto tiempo,
hoy aparece en su verdor brillante

dando sombra al partido de los buenos.
En su charca caliente todavía
españoles, jurad:—puesto el acero
en la siniestra mano, y la derecha
tendida sobre el célico evangelio,
que morireis mil veces, con arrojo,
arrostrando con fé cuantos tormentos
à las virtudes presentarse puedan,
antes que sucumbir á un yugo nuevo,
recordando tan solo que Padilla.
sucumbió *por el pueblo y para el pueblo.*

Constancia y fè, que vuestro Dios os guia:
alzad vuestros pendones y á campaña,
asi el laurel conquistareis un dia:
así tambien la libertad á España.

Los cuatro últimos versos pueden, si quiere el director de escena, suprimirse.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de la *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen, y de *Durán,* Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito, no serán servidos.